CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

670
abril 2006

DOSSIER
Hispanoamérica: ciudad y literatura

Juan Gabriel Vázquez
Lecturas anglosajonas del *Quijote*

Adolfo Sotelo Vázquez
Pla, Segarra y Pardo Bazán

Reina Roffé
Entrevista con Juan José Sebreli

Cartas de La Habana, Argentina y Alemania

El Premio María Teresa León de teatro latinoamericano

Santiago en tres tiempos

Hernán Neira

Primer tiempo: ideal e invención

En la época de Carlos V los planificadores de la corte diseñaron la estructura de las ciudades americanas antes de que fueran fundadas. Por ello, no es de extrañar que, a pesar de las diferencias geográficas y climáticas, así como los años que separan el origen de una respecto del de la otra, muchas de las ciudades americanas siguieran un mismo esquema. La Ordenanza II de 1523 decía:

> «En la Costa el Mar sea el sitio levantado, sano, y fuerte, teniendo consideracion al abrigo, fondo y defensa del Puerto, y si fuere posible no tenga el Mar al Mediodía, ni Poniente; y en estas, y las demás poblaciones la Tierra adentro, elijan el sitio de los que estuvieran vacantes, y por disposición nuestra se pueda ocupar, sin perjuicio de los Indios, y naturales, ó con su libre consentimiento: y cuando hagan la planta del lugar, repártanla por sus plaza, calles y solares a cordel y regla»[1].

Las ciudades de América responden, por lo tanto, a un modelo ideal, modelo nada ajeno al que motivó varias de las empresas de conquista, donde el mito es punto de partida de iniciativas reales y después, éstas mismas, convertidas en leyenda, se transforman en mitos[2]. El modelo de ciudad reproduce el modelo que separa la metrópoli de las colonias, con un descenso de jerarquía a medida que va desde el centro a la periferia. Así, en el centro de Santiago, en torno a la plaza, se encontraban las sedes del poder político y del poder eclesial, disminuyendo la jerarquía de solares y construcciones a medida que se incrementaba la distancia hacia el exterior. No cabía la agricultura en ellas, ni siquiera de

[1] Recopilación de leyes de indias de los reynos de las indias, *Tomo Primero, Cuarta Impresión, Madrid 1791. Edición facsimilar publicada por Gráfica Ultra, Madrid, 1943, Ordenanza 11, 1523; El emperador D. Carlos, D. Felipe II, Carlos II; contenida en libro 4, título 7, j.*

[2] *Véase Ainsa, Fernando,* Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares. Metamorfosis de un mito. *Alianza Universidad, Madrid, 1992.*

subsistencia familiar, porque la agricultura debía ser practicada, con fines mercantiles, por los indios, y las chacras familiares se encontraban fuera de la ciudad. Entre los planificadores todavía está vigente el modelo medioeval de ciudad amurallada, que cobra nueva vigencia porque los indios carecen de los cañones que en Europa hicieron perder eficacia defensiva a los muros. Ahora bien, en la medida en que las nuevas urbes dependían de una producción agrícola externa, dependían también de la capacidad político-militar de obtener trabajo campesino indígena.

Con ese contexto como trasfondo, Diego de Almagro llegó a Chile en 1536, sin poder satisfacer ninguno de los aspectos que exigía el ideal de conquista ni tampoco sus ambiciones personales. Regresó al Perú con su expedición diezmada por el hambre, la sed, indios hostiles y ausencia de metales preciosos. Desde entonces Almagro dio la peor fama al país. Cuando cinco años más tarde, en Perú, Pedro de Valdivia invitó a unirse a una nueva expedición para ir a Chile tuvo grandes dificultades para convencer a sus hombres y para reunir el dinero. Por eso escribe:

> «no había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían della eran los que trujo el Adelantado don Diego de Almagro, que, como la desamparó, quedó tan mal infamada que como de la pestilencia huían della; y aun muchas personas que me querían bien y eran tenidos por cuerdos no me tovieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa tan apartada del Perú y donde el Adelantado no había perseverado» (A Carlos V, La Serena, 4/9/1545).

Pedro de Valdivia tendrá que hacer un doble esfuerzo para revertir la situación: por un lado sobreponerse al mito negativo y, por otro, conquistar efectivamente la tierra. Valdivia, siguiendo una ruta más favorable que la de su antecesor, es decir, recorriendo a lo largo el desierto de Atacama en lugar de llegar a Copiapó por Los Andes, llega al río Mapocho a principios de 1542. Se trata de un valle de clima benigno, bien regado, con tierras cultivables, apto para la vida humana y no difícil de defender. Consigue, además, el sometimiento de las tribus aledañas sin grandes esfuerzos, aunque, como se verá, será una paz superficial. El terreno es plano, lo que facilita seguir las ordenanzas sobre el establecimiento de ciudades y traza «a cordel y regla», como mandan, un plano trapezoidal de ocho por nueve calles que encierran 72 solares con lado de 115 metros, de igual superficie, a su vez subdivididos en

diversas propiedades. Pedro de Valdivia considera que Santiago (situada en el paralelo 33°) será la base de nuevas incursiones hacia el sur (la ciudad más austral por él fundada, Valdivia, está en el 39°).

Pero la bonanza no dura demasiado. Se produce una sublevación indígena y, mientras Valdivia sale a sofocarla, Santiago es atacada e incendiada. A último momento la ciudad se salva por iniciativa de Inés de Suárez, concubina del gobernador, quien, cuando la población está a punto de rendirse, convence al lugarteniente Alonso de Monroy de degollar a siete caciques que Valdivia había hecho retener y arrojar sus cabezas a los indios. Esto produjo terror en los nativos y facilitó el éxito de la carga final, en que la propia Inés participó, con lo cual se da inicio a dos mitos: el de Inés de Suárez, personaje de novelas posteriores, y el de la ciudad que se reconstruye tras cada destrucción. Valdivia describe este último hecho así:

> «Hízome Alonso de Monroe saber a la hora la victoria sangrienta que habían habido, con pérdida de lo que teníamos y quema de cibdad y comida. Di la vuelta a la hora y, pareciéndome era menester ánimo y no dormir en las pajas, todos los cristianos, con ayuda de las anaconcillas, redificamos la cibdad de nuevo, y entendía en sembrar y criar como en la primera edad, con un poco de maís que sacamos a fuerza de brazos, y dos almuerzas de trigo, y salvamos dos cochinillas y un porquezuelo y una gallina y un pollo; y el primer año se cogeron de trigo doce hanegas» (a Hernando de Pizarro, La Serena, 4/9/1545).

«Como en la primera edad»; tal como ha mostrado Aínsa, esa edad dorada que existió en un tiempo y espacio míticos juega un papel fundamental en la representación que los europeos tienen de América y en la motivación para iniciar empresas de conquista o perseverar cuando aquellas en que están no rinden los frutos esperados. No debe pensarse que ese «como en la primera edad» se debe sólo a la situación de escasez accidental (ataque indígena), ya que en el fondo la escasez es la situación natural de la conquista, en la que se llevan un puñado de trigo y unos pocos animales con la intención de reproducirlos en la tierra de acogida y contribuir, así, a reproducir el tipo de vida europeo. Nótese cómo se multiplican los alimentos en el suelo agrícola de ciudad, pues las dos almuerzas (es decir, lo que cabe en dos puños de mano) se transforman, con los brazos, en ¡doce hanegas! (volumen de 600 litros, aproximadamente).

El Santiago descrito-inventado de Valdivia, por tanto, es una ciudad donde el ideal de conquista se cumple a carta cabal: la dificultad se

transfigura en milagro. Poco años más tarde después del desastre , dirigiéndose al emperador Carlos V, escribe:

> «Certifico a vuestra Majestad que, después que las Indias se comenzaron a descobrir hasta hoy, no se ha de descubierto tal tierra a vuestras Majestades: es más poblada que la Nueva España, muy sana, fertilísima e apacible, de muy lindo temple, riquísima en minas de oro, que en ninguna parte se ha dado cata que no se saque; abundante de gente, ganado e mantenimiento; gran noticia, muy cerca, de cantidad de oro sobre la tierra, y en ella no hay otra falta si no es de españoles y caballos. es muy llana, y lo que no lo es, unas costezuelas apacibles» (a Carlos V, Concepción, 15/10/1550, p. 156).

«Unas costezuelas apacibles»; lo dice el hombre que ha llegado a Chile, nueve años, tras cruzar dos mil kilómetros de mesetas desérticas y otros dos mil donde los cerros llegan directamente al mar, sin valles longitudinales, porque el primer valle que corre de Norte a Sur se inicia justamente en Santiago. Hasta entonces, todo lo que han visto son ríos, en realidad estrechos torrentes de temporada, transversales al sentido de la marcha, es decir, de la cordillera al mar. Sí, unas «costezuelas» le llama Pedro de Valdivia a la cordillera de los Andes.

En su correspondencia, Pedro de Valdivia inventa un país y una ciudad mítica que, por una parte, borra el mal recuerdo dejado por los relatos de Almagro y, por otro, identifica la recién fundada Santiago con un mito arcaico que, a la vez, es utopía futura. Inserta en un mitología de carácter utópico, Santiago «entra en razón», en la razón místico-teológica del siglo XVI, donde lo real y lo imaginario se mezclan en un *topos* cuya naturaleza es difícil de definir y que dará lugar a un amplio desarrollo[3].

Santiago, por tanto, fue inventada doblemente en sus momentos iniciales. Por un lado, el invento se da en las ordenanzas, que prescriben minuciosamente cómo distribuir el espacio y elegir el emplazamiento a fin de que se cumpla un ideal utópico de construcción y población[4]. Si bien las ordenanzas no dicen «hágase ésta u otra ciudad, o emplácese aquí o allá», fija el campo de posibilidades en que pueden existir las ciudad legalmente y somete a un esquema, ya sea a la voluntad, ya

[3] *Sobre el tema del* topos *y de la representación literaria de las ciudades americanas véase Aínsa, Fernando;* Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética, *Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2002.*

[4] *Todo el título 7 del libro cuarto de* Recopilación de leyes de Indias *ya citada se refiere a la disposición de las ciudades, incluyendo detalles como la orientación en relación con el viento, el sol, etc...*

sea a la geografía o a las circunstancias histórica que a veces obligan a asentarse en un lugar donde jamás se había pensado o deseado.

La ciudad de Santiago se integra, desde el inicio, por medio de las ordenanzas que Valdivia sigue al pie de la letra, en un proyecto utópico español. En ese caso se inserta, además, como pieza esencial de la invención de Chile, sin que se pueda separar uno de otro. Esto último se produce por medio del contramito que opone al creado por Almagro, con la doble intención, Valdivia, de exhortar a sus acompañantes en ocasiones de vacilación y de convencer a la Corona, a quien demanda apoyo. Porque, hasta donde se sabe, Chile no existía como unidad conceptual ni imaginaria hasta la llegada de los europeos. Los españoles crean ese lugar, ese *topos* y esa unidad política[5]. Hasta entonces, los indígenas sólo habían podido describir fragmentariamente a los españoles el territorio que va desde el sur del Perú hasta el valle del Maule, un territorio poco explorado, aunque no desconocido, por estar bajo dominio inca. Del sector más austral, ocupado por los mapuches y, más al sur aún, por pueblos indígenas anteriores a los mapuches, poco o nada se sabía en el Perú. En medio de ese mundo desconocido, Valdivia crea el primer lenguaje místico-imaginario de un Santiago-Chile, entrecruzado con lo real, para dar significado a algo que inicialmente, para los españoles, no lo tenía, es decir, para inventar un *topos*.

Segundo tiempo: claroscuros de la utopía

Cuatrocientos cincuenta años después, a fines del siglo XX, la invención de Santiago ya se encuentra consolidada. Entonces surgen nuevas voces, que dan nuevo contenido a ese invento o que tratan de modificar su signo. A fines del siglo XX, el escritor Jorge Guzmán convierte a una mujer en el personaje central de su novela *Ay mamá Inés (crónica testimonial)*[6], la cual, según se plantea en la contratapa, pretende ser una reflexión «sobre nosotros mismos», a pesar de que es una obra de ficción. ¿Quién es ese «nosotros mismos»? ¿Los chilenos? No, la reflexión sobre el «nosotros mismos» es sobre los santiaguinos, reiterando con ello el hecho de que la invención de Santiago se identifica con la invención de Chile, lo que se repite desde 1541 hasta la

[5] *Las fronteras de ese* topos *no eran exactamente las de hoy, pero la estructura de esas fronteras es la misma que en la actualidad.*

[6] *Editorial Andrés Bello, Santiago, 1993.*

actualidad. La mujer es Inés de Suárez, jamás mencionada en la correspondencia oficial de Valdivia, amante de él y pieza clave en la defensa de Santiago, quien a pesar del silencio del conquistador gana, poco a poco, un lugar cada vez más prominente en la memoria y en la ficción de Santiago.

En la novela de Jorge Guzmán Inés se vuelve el eje de Santiago, Inés, la líder de la población y de la milicia cuando la ciudad está a punto de perecer en manos indígenas porque Valdivia se halla fuera para aplastar una rebelión indígena, momento que éstos aprovechan para atacar la capital. Guzmán describe esa situación así:

> «Acaba de llegar Michimalongo, con tropas frescas –anunció Villagra.
>
> – [Inés] Si no hacemos algo ahora, creo que nos matarán a todos.
>
> [...]
>
> – Dudamos, señora –dijo Monroy–, entre matar a los siete caciques prisioneros o dejarlos ir. Parece que se empeñan con ese tremendo coraje porque quieren liberarlos.
>
> – Si ellos muestran las cabezas de los nuestros, será para desanimarnos –conjeturó Inés–. Hagámosles lo mismo a ellos. Decapitémosles a sus caciques y les mostramos las cabezas.
>
> [...]
>
> [Tres soldados] Resistieron todavía la orden expresa de Inés de que ejecutaran a los caciques [...] Entre tanto los caciques los insultaban, los escupían, los desafiaban a que los mataran. [...] Sin furor, solamente pensando en triunfar, en que la muerte de sus caciques podía desalentar a los atacantes, en cambiar el apocamiento de los guardias, Inés sacó de súbito la espada y la clavó en el pecho del más robusto de los prisioneros» (186).
>
> [...]
>
> Al día siguiente del ataque, todos los habitantes de Santiago eran pobres de solemnidad. No tenían más vestido del que llevaban puesto. Carecían de habitación, excepto Aguirre. El grano estaba todo quemado o tostado, menos dos almuerzas de trigo sano y sembrable, es dos veces lo que cabe en el cuento de las manos juntas. De sus aves, sólo le quedó una polla y un gallo. De sus cerdos, dos cochinitas y un verraco» (189).

Pero el Santiago que aparece en *Ay mamá Inés* ya no es un Santiago de la edad de oro, al menos no en el sentido que lo es para el ideal de conquista. Santiago, para Inés, es el sitio donde se consuma y extingue la utopía. Allí vive Inés con él, al menos cuando sus ocupaciones lo retienen en la ciudad, pero al cabo de los años, aunque permanezcan

en la misma ciudad, no podrán permanecer juntos. En su calidad de Capitán General de Chile, Pedro de Valdivia viaja a Perú para apoyar a las autoridades españolas, representadas por La Gasca, con motivo de la disputa que mantienen con Gonzalo Pizarro. El conflicto estalla con motivo de que éste lidera a quienes se oponen a la aplicación de las Nuevas Leyes, más favorables a los indígenas. Tras el triunfo realista y ajusticiamiento de Pizarro, Valdivia es enjuiciado (con Pizarro había acordado la expedición a Chile). Finalmente es absuelto y, más aun, el Virrey lo eleva a la calidad de gobernador de Chile, cargo de mayor jerarquía y con mucho más respaldo que el nombramiento previo por el cabildo. La consolidación de la ciudad en el sentido urbano, político, económico y militar, y el ascenso político de Valdivia traerán consigo que no sean los indios quienes le arrebaten Pedro a Inés, aunque le matan en 1553, sino las exigencias de las buenas costumbres que debe mantener un alto representante de la Corona en Chile, exigencias a las que Valdivia se pliega, aun a precio de abandonar a Inés, esto último según *Ay, mamá Inés*. Valdivia, por estar ya casado en España, no podía tomar mujer legítima en América y, al aumentar su jerarquía en el gobierno colonial, no puede, tampoco, vivir en concubinato público. Inés, pieza importante en la vida de Valdivia, estaba condenada a pasar a un papel cada vez más secundario a medida que la conquista se afirma, es decir, a medida que el poder, la burocracia y las costumbres peninsulares se consolidaban, disminuyendo el aislamiento de Chile respecto de la metrópoli. El ascenso social y ecónomico es parte de la utopía de la Conquista, sin embargo, con él viene también la obligación de someterse a los poderes que se ha dejado atrás.

Cuando regresa triunfante a Santiago, Pedro la aleja para siempre de él. El triunfo de Valdivia es, para Inés, el fin de Santiago como cobijo de la utopía amorosa y quizás de toda utopía. Jorge Guzmán, en *Ay, mamá Inés*, en un monólogo de ella, enferma, describe así la situación:

> «Creo que de eso me esto muriendo, Pedro, de triunfo y deseos satisfechos [...] él único que no se me cumplió fue a tu triunfal regreso del Perú siguiéramos viviendo juntos» (242).

Nada se dice en la novela de la muerte de Pedro de Valdivia, lo que da cierta perennidad a los hechos narrados en ella y al estatuto de la ciudad fundada por él. Nada se dice del terremoto que la destruiría años después. La narración concluye en un presente sin fin que reflexiona sobre un pasado cuyo tono es un aorismo. Inés permanece en

Santiago, sobrepasada por las circunstancias y muda ante la muerte de Pedro de Valdivia, de la que nada se dice. A partir de entonces la ciudad vive independientemente de su fundador y de su suerte. Desaparece éste, pero Santiago ya tiene vida propia, otros la nombran y, con ello, la interpretan fuera de lo que exigen el ideal de conquista y las ordenanzas. Con Inés, Santiago deja de ser el sitio de la edad dorada, donde las almuerzas se transmutan en hanegas, y la edad de oro se transforma en otra de claroscuros.

Tercer tiempo: desintegración y rebelión

En la misma línea, pero en tono irónico y apocalíptico, en 1998, poco después de ese reflexionar sobre el pasado del «nosotros mismos» se publicó *2010: Chile en llamas,* de Darío Oses[7]. Esta novela reitera la centralidad de la capital y la identificación del país con ella, y reitera también un tipo de reflexión, no tanto sobre una identidad fruto del pasado, sino de su desmembramiento. Los acontecimientos principales son los siguientes: en 2010, fecha del bicentenario del Chile independiente, ya nadie recuerda ni los héroes ni la historia. Ha triunfado el liberalismo, de forma que el Estado es insignificante y que todos los bienes y servicios se transan en la más absoluta libertad, incluyendo las drogas. Las tareas militares son asumidas por la Corporación Cóndor, que vende servicios de defensa de fronteras, de espionaje y otras actividades semejantes a quien se los pague. Las ceremonias y honores castrenses son realizados por otra institución, el Regimiento Patria Nueva, que reúne a algunos de quienes, ya muy envejecidos, admiran al general que instauró dictatorialmente el régimen neoliberal que es justamente la causa de que incluso el ejército haya sido sustituido por una empresa que vende servicios. El general muere, pero la nación ultraliberal ha tenido tanto éxito que nadie quiere recordar los tiempos dictatoriales y la única preocupación del pueblo es el fútbol y el consumo. Por eso mismo, nadie quiere hacerse cargo del cadáver, excepto el Regimiento, que lo secuestra y lo esconde, apoyado por el hecho de que una empresa le hecho una donación benéfica: armas. En medio del caos producido por un desastre futbolístico de la selección nacional y por la muerte del general, políticamente más grave pero del

[7] *Oses, Darío;* 2010: Chile en llamas. *Editorial Planeta, Santiago, 1998.*

que el pueblo no se preocupa, el Presidente de la República está preocupado y acude a un amigo, quien le responde:

> «–El Estado ya no existe, José Tomás. Ustedes mismos se encargaron de liquidarlo y ahora andan buscando los pedazos a ver si pueden salvar algo. Pero no queda nada»[8].

En *2010* ..., que en realidad es el hoy exagerado de fines del siglo XX, se fortalece el hecho de que la invención de Santiago y la invención de Chile se identifican. Pedro de Valdivia cohesiona conceptual e idealmente un territorio disperso en la unidad político administrativa que desde la capital, Santiago, se otorga a Chile; unidad que Inés defiende y que encuentra eco en la mística de quienes están con ella. En *2010*, en cambio, la situación se invierte. El general ha gobernado con más dureza que Valdivia y con menos legitimidad, pero fruto de esta obra es justamente la pérdida de unidad y cohesión. En la nueva idea de Santiago ya no hay conflictos externos ni internos que lo aglutinen. En *2010*... se vuelve, por decirlo metafóricamente, a una situación que tiene algo de semejante con aquella que describían –hasta donde se sabe– los incas a los españoles cuando en Perú les preguntaban por las tierras del sur: el territorio se fragmenta, no hay ni poder ni referencia central. Sin embargo, ello no es contradictorio con que entre La Serena y Concepción (1000 km.), en cuyo centro está Santiago, se haya ido generando un continuo urbano de límites imprecisos[9]. Curiosamente, esas tres ciudades fueron fundadas por Pedro de Valdivia y constituyeron el eje de su labor de conquista. Su jurisdicción iba más allá, pero al norte de La Serena se hallaba el desierto y al sur de Concepción una resistencia invencible por parte de los indígenas. El crecimiento urbano de Santiago, en la novela *2010*..., se produce en paralelo al desmembramiento de la ciudad-Estado-Santiago-Chile, es decir, al desmembramiento de la utopía de la ciudad inventada. El nuevo Santiago es el del desastre, también inventado, de una capital sin una Inés que la salve cuando la autoridad está ausente y es atacada, no por los indios, no por un peligro externo, sino por un liberalismo extremo y una derrota futbolística. Esta última cataliza todos los males y permite una descripción del paisaje y de los ideales destruidos, tan distintos en 2010 de aquellos que con que Valdivia inventó Santiago:

[8] *Oses, ibid., p. 134.*
[9] *Oses, ibid., p. 94.*

> «Ahora la patria se estaba esfumando como en un espejismo. Ya no quedaban parrones, ni paisajes familiares, ni trenes nocturnos, ni rincones amables. La derrota [futbolística] arrastraba hacia el resumidero los sueños, los amigos, la casa del abuelo, los recuerdos de los días de colegio. Los hombres que reventaban la reja en el estadio, y los que arrojaban botellas contra las pantalla en los maxibares, eran la tribu que había perdido a sus espíritus y dioses tutelares, y se sentían extraviados en la más horrible de las orfandades. Habían dejado de creer en el fútbol»[10].

Santiago convertido en Dorado de riqueza (hasta el ejército, transformado en empresa de servicios, produce ganancias) tiene su contrapartida en su desintegración, en el no cumplimiento de las leyes de que obligaban a construir bajo condiciones geográfico-meteorológicas favorables y en la ausencia de líderes. Esta pérdida de ideales no tiene parangón con la que se produce en, *Ay mamá Inés*, pues en ella la amante de Valdivia, aunque ya no crea en la utopía del amor, sigue creyendo en la utopía de la ciudad.

Conclusión

Santiago se inventa al mismo tiempo que se funda y se construye, como dos estructuras paralelas que reflejan, una en relación con la otra, un imagen deformada, pero coherente. Esa invención se da en un marco mayor, que es el de la invención de América a partir de un ideal místico-utópico que tiene un efecto real como movilizador de recursos y seres humanos. Estos textos, tomados en conjunto, evolucionan de modo similar a como lo hacen las primeras crónicas que describen/inventan América. Beatriz Pastor[11] ha descrito una evolución en tres etapas. La primera es la descripción ideal y épica del conquistador (*Diario* de Colón, *Cartas de relación* de Cortés, de Valdivia, etc.). La segunda etapa describe situaciones donde el héroe y/o narrador, sin perder su capacidad idealizadora e inventiva, aparece más humano, con mayor aptitud de relacionarse de igual a igual con los naturales y capacidad para apreciar los claroscuros de la Conquista (*Naufragios*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, 1542). La tercera y últi-

[10] *Oses, ibid., p. 47.*

[11] *Pastor, Beatriz;* Discurso narrativo de la conquista de América, *Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1983.*

ma etapa, en cambio, muestra cómo la utopía se transforma en frustración y, ésta, en rebelión (*Jornada de Omagua y Dorado*, Francisco Vásquez y Pedrarias de Almesto, 1561). En efecto, el inicio de la invención Santiago corresponde a un Valdivia inventado, por sí mismo en sus cartas, como personaje épico. En un momento posterior (momento intelectual, no necesariamente temporal) Santiago aparece con matices positivos y negativos (cobijo y negación del ideal amoroso de Inés de Suárez), de forma relativamente similar a como Alvar Núñez y sus compañeros son capaces de distinguir matices favorables y perjudiciales en su larga caminata desde Florida hasta Culiacán, en México (Jalisco), donde deben mantenerse y marchar en ausencia de autoridad y frecuentemente con hambre. Por último, el ideal no alcanzado (riqueza para todos en un Santiago/Chile ultraliberal, sin autoridad) se transforma en rebelión de las masas, de forma similar a como Lope de Aguirre transforma en crítica y rebelión contra la corona la imposibilidad de alcanzar El Dorado cuando desaparece la autoridad directa de la Corona. La disparidad temporal y geográfica de uno y otro grupo de textos y situaciones no impide, sin embargo, que pueda apreciarse una coherencia estructural entre dichas invenciones literarias.